

LA INFANCIA HONDUREÑA

Nacer y crecer en un país desarrollado, es un acto de esperanza, una afirmación de continuidad de familias, sociedades que navegan en ambientes de abundancia cultural, espiritual y material.

Nacer y crecer en nuestra Honduras, es un reto a la suerte, es un acto de fe, es vivir entre la dignidad escondida y la esperanza de un mendrugo para el día siguiente.

Pocos nacen en cunas de oro, con el camino trazado, con el estomago lleno y el cerebro arriba de los hombros. La mayoría apaga su sonrisa con el dolor del hambre, su mirada triste refleja su escuálida estructura física.

Nacen la mayoría, como hijos no deseados, de hogares desintegrados, de madres solteras, de hombres ignorantes e irresponsables. Madres jóvenes, empujadas por el instinto que surge por la carga de hormonas, aceptan el macho, sin pensar que los hijos son la consecuencia de sus actos.

Los niños de Honduras son resilientes, pues si no mueren en el primer año, vadean el escalofriante panorama del hambre, del hogar destruido, de la frialdad de una sociedad harta de fracasos. Caminan por escuelas llenas de mentores carentes de

mística, aprenden a nada, pero saben protestar; crecen y su protesta es negativa; faltos de amor y oportunidad, se agrupan en pandillas juveniles en donde encuentran el calor del grupo, el sentido de la familia que ellos carecieron.

La situación de la infancia en Honduras es dura, avasalla los más elementales sentimientos humanos, y cuando el niño se vuelve adolescente, tropieza con su propia ignorancia, su carencia de afecto, su odio a una sociedad que lo produjo, pero que no lo forma e instruye.

Se enfrenta con una sociedad consumista y no tiene un céntimo para ser parte de ella; aprender a robar y a matar para tener lo que anhela. No existe sentimiento de culpa, no hay un milésimo de arrepentimiento; le dan a la sociedad lo que ésta le ha dado o negado.

La patología social no se divorcia de la médica, las dos se acompañan; en la infancia, el niño muere por la suciedad en que vive, por el hambre, por la miseria cultural y material. En la niñez, su crecimiento es lento, su desarrollo intelectual es rezagado; será el paria del mañana, el esclavo de una sociedad que no sale del feudalismo.

El niño que llega a hombre, camina con los complejos que desarrolló en su infancia: hay amargura que se desenvuelve en venganza; hay sentimientos de inferioridad que se tornó en soberbia y prepotencia. No pudo conformar el valor ético de la honestidad y es corruptible.

Tiene el alma llena de envidia, celos del que triunfa; no cree en las virtudes que otros tienen; su espíritu es pequeño y su creatividad es casi nula.

No puede haber una nación libre y desarrollada si los niños nacen para sufrir; crecen sin alegría, se hacen hombres y mujeres, arrastrando la miseria espiritual de sus progenitores y de la sociedad en que habitan.

Una nación debe dedicar sus mejores propósitos e intenciones a la crianza de las nuevas generaciones. Sin ellas no hay futuro, o el futuro es el presente que ahora tenemos, que es en sí una mascarada de vida y un paisaje desolado de nación.

La respuesta está en nuestra decisión de ser más responsables y de conocer la corta historia en que se pasa de una generación a otra.

Los hondureños que por diferentes factores y variables, han superado esta cruda realidad, y no tuvieron el trauma del 80% de los niños y niñas de nuestra patria, debemos agradecer a nuestros progenitores y a las acciones de diferentes instituciones y leyes creadas recientemente, que están coadyuvando, para que la nación entera tome conciencia de que los niños y niñas son tan importantes en el desarrollo de las naciones, que no pueden quedar olvidadas y marginadas.

Honduras, tierra en evolución social, camina lentamente en éste aspecto, pero parece que con la ayuda internacional y la conciencia de Iglesias, leyes puntuales e instituciones afines, se puede vislumbrar un futuro mejor para la niñez.

Carlos A. Medina R.

Director